

Prólogo

Pintando la paz

¡La paz: vaya imagen haría!

El arte ha estado los últimos quinientos años jalonado de imágenes maravillosas que tratan de la comunidad; jalonado también de obras individuales que constituían enérgicas declaraciones contra la guerra y la violencia. Durante el siglo xx varios artistas, además de crear sus propias obras, se reunieron en grupos y formaron movimientos e, individualmente, otros y otros artistas crearon también obras que, precedidas por Goya, han ayudado a fomentar un propósito social en el arte: Rivera en México, Kollwitz en Alemania, Counihan en mi propio país, Australia. Y conmovedoramente, la más famosa pintura de Picasso, el *Guernica*, retrató la atrocidad del bombardeo contra un pueblo pequeño —el lugar de donde proviene el trabajo presentado en este libro—. Este pueblo, conocido por su nombre original en euskera, Gernika, se ha convertido, coherentemente, en uno de los centros mundiales por la paz y el arte.

Para mí, es de gran ayuda tener en mente este contexto mientras considero los proyectos de Alex Carrascosa y sus colaboradores —artistas visuales, profesionales del teatro, poetas, estudiantes, miembros de la comunidad y otros—.

Su investigación anterior (también sobre arte y paz) lo llevó a Gernika, y puedo atestiguar la evolución de su trabajo en este libro desde la conmemoración del bombardeo en abril del 2001. A partir de esta fecha, Alex inicia un diálogo activo con Ricardo Abaunza (artista y director de la Kultur Etxea), Iratxe Momoitio (directora del Museo de la Paz de Gernika) y Juan Gutiérrez al principio y María Oianguren después (sucesivos directores del Centro de Investigación para la Paz Gernika Gogoratuz). Todas y todos ellos han propiciado una comprensión internacional de la genuina participación del arte en el diálogo hacia la paz, y el trabajo de Alex ha sido clave en este sentido.

Un crítico de Melbourne escribió una vez que «el arte que retrata la violencia y la guerra es mucho más convincente que el arte que retrata la paz». Reivindiqué entonces lo «genuino», porque en el pasado —y hoy día en buena medida— ha habido un gran número de profesionales del mundo del arte que desestimaban obras basadas en conceptos tales como *amor, justicia, paz e ideales* y, en consecuencia, muchas y muchos artistas no han sido sinceros al retratar dichos temas. En cambio, el arte vinculado a palabras como *violencia, guerra o conflicto*, o incluso sin ideales o sin contenido perceptible, ya fuera social, político o espiritual, ha sido a menudo expuesto y dado por bueno.

Es como si nuestro circuito mental hubiera sido configurado para aceptar el hecho de que la violencia no sólo es inevitable sino integral, hasta el punto de remitir a ella nuestras opciones artísticas. Desde la industria militar se dice que la paz verdadera es inalcanzable y sumariamente se descarta de toda discusión o de ser, siquiera, considerada. Hay un continuo esfuerzo por ocultar los avances de la paz a favor del «evento principal», esto es: la guerra y el elenco de violencias generadas en el seno de sociedades agresivas.

Varias citas han motivado estas reflexiones; mencionaré tres.

Suele afirmarse que la *paz* es el estado de una sociedad cuando no está en *guerra*. Esta aserción debe ser cuestionada. La palabra *paz* no debería utilizarse en este contexto. Por ejemplo: entre las dos guerras del Golfo, cuando los Estados Unidos, según esa creencia, estaban en *paz*, se cometieron cada año aproximadamente 20.000 homicidios, y hasta 1,3 millones de estadounidenses fueron encarcelados por cometer crímenes. Así y todo, sigue perpetuándose el mito una y otra vez, de país en país: «estamos en *paz*». Se trata de una aserción nada ingenua, sino enormemente interesada, utilizada por los gobiernos, los ejércitos y los medios de comunicación, que no permiten otra interpretación en sus pronunciamientos. Para ellos éste es el significado que tenemos que aceptar, y, durante generaciones, así lo hemos hecho. Cualquier otro significado de la palabra *paz* es inclasificable, no debe existir, no existe. La única explicación es que los poderes no son capaces de comprender la paz o su verdadero significado. El filósofo William James ha escrito que «los fenómenos inclasificables dentro del sistema son considerados falsos». Tal es el desafío para todos aquellos que, fuera del sistema, intentan establecer un conocimiento más profundo de la paz verdadera.

En opinión de una de estas personas, Jokin Alberdi Bidaguren, profesor de derecho constitucional de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, «tenemos que aprender nuevas maneras de percibir nuestro mundo y cambiarlo». Me quedé con la expresión «nuevas maneras de percibir» y consideré sus implicaciones. Leí entonces una entrevista al Dr. David Kessler, profesor de pediatría, epidemiología y bioestadística en los Estados Unidos, que explicaba cómo diferentes tipos de aprendizaje, con el tiempo, alteran nuestros «circuitos» incluso hasta el punto de que cierta forma de aprendizaje es crónicamente autodestructiva, y lo que me llamó la atención es que esto, no obstante, se podía cambiar —«la rehabilitación es un nuevo aprendizaje; crea un nuevo sistema de circuitos neurales encima del viejo aprendizaje»—, lo cual me sugirió que podemos transformar lo que nos ha sido culturalmente inculcado y nos dicen es inevitable. Kessler indica que podemos realinear cuanto queramos y valoremos y recomienda que lo hagamos por nuestro propio interés.

Yo he llamado a este compromiso incondicional con los viejos valores el «Síndrome del Sagrado Principio». En el derecho inglés se llama *Stare Decicis* (Principio Sagrado) a aquellos precedentes percibidos como autoritativos, vinculantes y de obligada observancia: porque así es como lo hemos vivido, así es y ¡así debe ser por siempre!

En un mundo enfermo, que sufre y está en peligro de ver extinta la especie humana como consecuencia de una impuesta catástrofe medioambiental, por no hablar de la guerra y de las violencias, parece que una nueva forma de aprendizaje no sólo tiene mucho sentido sino que es absolutamente necesaria.

Un nuevo aprendizaje, para mí, es parte de cuanto trata el novedoso trabajo de Alex Carrascosa.

En la última década del siglo xx las organizaciones de Gernika arriba mencionadas emprendieron un profundo y significativo diálogo y dieron un giro demostrable y sostenible constituyéndose en agentes líderes de la vinculación del arte y la paz. Artistas de

todos los rincones del mundo llegaban a Gernika con motivo de la conmemoración anual del bombardeo y las Jornadas de Cultura y Paz, de los bienales Encuentros de Arte y Paz y de otras tantas actividades, como el V Congreso Internacional de Museos por la Paz en el año 2005. Durante este tiempo han tenido lugar numerosas instalaciones, actuaciones, acontecimientos artísticos y exposiciones.

De estos encuentros se desprende un maravilloso mensaje al mundo: la Declaración de Gernika sobre Arte y Paz, un documento colectivo (<http://www.artandpeaceguernica.org/es/manifiesto.html>). «Solistas de preciosas canciones se unen para formar un coro mundial» y la red da ya la vuelta al mundo.

Fue Alex Carrascosa, artista excepcional por derecho propio, que aplicó la idea de múltiples participantes en un proceso artístico, vinculado creativamente a la resolución de conflictos y a la construcción de paz, y con un profundo y arraigado conocimiento de la cultura vasca y de la práctica artística, quien comenzó a desarrollar su propia teoría del arte como forma de implicación de grupos grandes, del arte como un diálogo de paz, del arte como un proceso para entender (y trascender) la naturaleza de «territorios» y «fronteras» descubriendo las posibilidades que surgen de nuestra interacción en un diálogo visual con otros y otras cuyos espacios se tocan y relacionan con los «límites» de nuestro espacio.

En un sentido metafórico, Alex ha articulado no el «conflicto de culturas», que es como nuestros gobiernos a menudo empiezan sus discursos, sino la «confluencia de culturas». Como tal, dentro de la teoría, del concepto, y dentro de la aplicación, vemos una práctica única que trata las poéticas y posibilidades de paz. Por su propia naturaleza, se aparta de la expresión heroica del individuo y provee espacios donde la evolución del trabajo es en sí sinónima de la evolución en la comprensión de una humanidad común.

El trabajo de Alex Carrascosa se une al de las personas que se adentran en un territorio inexplorado donde cada paso es nuevo, donde cada idea ha sido analizada contra la historia; eventos contemporáneos y expectativas que nos embarcan en un viaje comunal hacia un lugar en el que los fundamentos de nuestra esperanza y aspiraciones se expresan a una escala magnífica.

William Kelly
Nathalia (Australia), 2009